

positivos, agrega ese mal negativo, sino que este mal, favoreciendo una gran cantidad de abusos sociales que sin él no existirían, da acceso a nuevas intervenciones, que obran y ejercen su acción como en los casos anteriores. Así, como siempre, «lo que mal empezó mal continúa.»

Mucho se podría decir acerca de las complicaciones a que por fin debe llevar esa manera de amontonar un reglamento sobre otro (verdad es que los reglamentos precedentes hacen necesarios los que siguen), complicaciones que traen desacuerdos, retrasos, disputas, y que en suma son gran embarazo para nuestra vida social.

También se debiera aquí hablar de los esfuerzos perturbadores de «esa grosera ilusión, como dice Guizot, designada con el nombre de fe en el poder soberano de la máquina política»; a esa ilusión atribuye en parte, y no sin razón a nuestro entender, la última revolución que tuviera efecto en Francia; y ella es la que fortifica toda intervención nueva del legislador.

Cualquiera de esos filántropos entusiastas que constantemente reclaman del Parlamento un acto cualquiera para remediar este o el otro mal, o para procurar a la nación tal bien, opinará que voy a buscar muy lejos objeciones demasiado vulgares, si digo que es causar un perjuicio moral a las gentes